

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

—¡Cuán gallardo es! decían todas las mujeres.

—Este es un hombre que conoce á su pueblo, dijo Montreal á Adriano. Bien sabe que para conquistar los corazones es preciso hablar á los ojos. ¡Oh astuto es el mancebo!

Rienzi se hallaba sobre el tablado, y mientras dirigía por la asamblea sus firmes y prolongadas miradas, cesaron todos los murmullos ante el noble y reflexivo sosiego de su rostro imponente y ante su solemne gravedad, cuyo efecto no se hizo sentir menos entre los burlescos magnates que entre la impaciente plebe.

«Señores de Roma, dijo al cabo de pocos instantes, y vosotros, amigos y ciudadanos, bien sabéis el motivo que aquí nos reúne en este día. Y vos, monseñor de Orvieto, y vosotros, mis compañeros de afanes en el campo de las letras, tampoco ignoráis que se trata de explicar alguna cosa relativa á aquella Roma de otros tiempos, cuya elevación y decadencia, cuya gloria y prosperidad pasadas, han sido objeto de los estudios de mi juventud. Mas creedme, no se trata solo de una vana cuestión de erudición que no interese mas que á los sabios, que no tenga relacion sino con los muertos. Dejemos lo pasado en su oscuro sudario: duerma para siempre en los derruidos templos y en las devastadas sepulturas de sus olvidados hijos, si con sus secretos exhumados no nos proporciona guía para lo presente y para lo venidero. Si imaginásteis, señores, que por mera afición á la antigüedad hemos consagrado tantos días y tantas noches á la meditación de todo lo que la antigüedad puede enseñarnos, incurristeis en error grave. De poco vale conocer lo que hemos sido, sino se busca este conocimiento con el ansia de instruirse en lo que deberíamos ser ahora. Solo cuando nuestros mayores hablan á la posteridad dejan de ser polvo y ceniza. Solo es elocuente la memoria cuando sirve de alimento á la esperanza: el pasado es sacrosanto solo por sus anales, por los anales de los progresos del género humano, los grados de ilustración, de libertad, de conocimientos. Nuestros padres nos prohiben retroceder, nos enseñan cual es nuestra verdadera herencia, y nos imponen el precepto de reclamarla, de aumentarla, de conservar sus virtudes y de evitar sus errores. Tal es el uso que debe hacerse del pasado. Por eso el sitio en que nos hallamos es un sepulcro, sobre el cual se eleva un templo. Veo que os sorprende lo largo de mi exordio, y que os miráis unos á otros preguntándoos cual es su tendencia. Ved esa gran plancha de hierro en que está grabada una inscripción recién descubierta entre los montones de escombros que fueron en mejores días ¡oh vergüenza! palacios de emperadores y arcos triunfales de un poder victorioso. Esos emblemas colocados en el centro de la plancha que contempláis, esplican el acta en virtud de la que el Senado de Roma invistió con la autoridad imperial á Vespasiano. Aquí os he congregado para que oigáis su lectura. Ahí se especifican el término y los límites de la autoridad conferida. Gozaban la facultad de formar leyes para las naciones estrañas; de contraer alianzas con ellas, de aumentar ó disminuir la conscripción de las ciudades y de los distritos, de... notad esto bien, señores... de elevar á hombres á la dignidad de duques ó reyes, de deponerlos ó degradarlos, de fundar ó destruir ciudades: en suma de ejercer todas las funciones del poder imperial. Sí, á aquel emperador le fue conferido tan inmenso poder. Mas ¿por quién? Oid, suplicios que estéis atentos y no perdáis una sola palabra. ¿Por quien le fué conferido? Por el senado de Roma ¿Y qué era el senado de Roma? El representante del pueblo romano.

—Ya sabia yo que vendría á parar en eso, dijo el herrero, quien permanecía en pie cerca de la puerta con sus compañeros, y cuyo oído habia recogido con avidez todos los sonidos de la argentina voz de Rienzi.

—¡Bravo, es un hombre excelente! ¡Y lo dice delante de todos esos señores!

—Sí, ya veis lo que era el pueblo; y á no ser por Rienzi no lo hubieramos sabido nunca.

—¡Silencio! dijo un oficial á los que proferían estas frases en voz baja.

Rienzi continuó de este modo:

—«Si el pueblo era quien le otorgaba ese poder; luego en el pueblo reside. ¿Se abrogó aquel orgulloso emperador, por sí mismo la corona? ¿Pudo revestirse por sí de autoridad tan augusta? ¿Hizo que emanara, señores barones, de la posesión de almenados castillos, ó de ilustre alcurnia? No. A pesar de su omnipotencia no tenia derecho ni á un átomo de aquella autoridad, sino por los sufragios y la confianza del pueblo de Roma. Tal era ¡oh conciudadanos míos! la prerrogativa importante de vuestros mayores en época en que no era la libertad sino sombra de sí misma: todo poder emanaba del pueblo. ¿Y qué podeis otorgar en el día? ¿Qué magistrado inferior, qué señor por ínfima que sea su clase, se dirige á vosotros para obtener el privilegio de mandaros? Su senado es la espada: sus licencias no están escritas con tinta, sino con sangre. ¡El pueblo! Ya no hay pueblo. ¡Oh, pluguiera á Dios nos fuese dado evocar de su sepulcro el espíritu de lo pasado, así como nos es fácil evocar sus recuerdos.

—Si yo me enconrase en el lugar de vuestro primo, dijo Montreal á Adriano en voz baja, concedería á este hombre entre su perorata y su confesion muy pocos instantes.

—«¿Quién es vuestro emperador? continuó Rienzi: un extranjero. Quién es

el jefe supremo de vuestra iglesia? Un desterrado. Os hallais privados de vuestras autoridades legítimas ¿Y por qué? Porque conservais en vuestro seno tiranos que se mofan de las leyes. La licencia y las discordias de vuestros nobles han lanzado al Sumo Pontífice del patrimonio de san Pedro: han regado vuestras calles con vuestra misma sangre: han empleado el fruto de vuestros infortunios en sostener sus querellas particulares y en tomar bandidos á sueldo: contra vosotros mismos se han agotado vuestras fuerzas. Habeis hecho objeto de ludibrio á vuestra patria, señora del mundo en mejores días: empapásteis en hiel sus labios, y ceñisteis su frente con una corona de espinas; qué, señores! exclamó súbito dirigiéndose á los Savellis y á los Orsinis que procuraban abuyentar el temor secreto que les infundía la varonil elocuencia de Rienzi, ya con sonrisas, ya con gestos, no atreviéndose á manifestar su despecho de un modo mas esplicito delante del vicario y del pueblo. ¿Qué, ni en el instante en que hablo os contiene la santidad de las leyes! Yo soy un hombre vulgar, un simple ciudadano de Roma; pero me vanaglorio de una distincion honrosa. He suscitado contra mí muchos enemigos, muchos detractores por haber procurado servir á mi patria: soy aborrecido porque amo á Roma: soy despreciado porque he querido sacarla de su abatimiento. Voy á responder á mis adversarios... y será cumplida mi venganza. En vuestros mismos alcázares albergais traidores que ocasionarán vuestra ruina: son tres y se llaman: Lujuria, Envidia, Discordia.

—Así me gusta: les ha pagado en la misma moneda. ¡Ah, ah, ah! ¡Por la santísima cruz que eso es famoso!

—Por otro arranque como ese me dejaria hacer pedazos.

—Un hombre así nos hacía falta para que nos pudiese en el buen camino.

—Vergüenza seria que nos faltase corazón á tantos como somos, cuando tan valiente se muestra un solo hombre, dijo el herrero.

Otra vez les impuso silencio el oficial que les mandaba.

—«¡Oh romanos! añadió el orador con apasionado tono. ¡Despertad de vuestro letargo á mis conjuros! ¡Grábese profundamente en vuestros corazones ese monumento de vuestro antiguo poder, de vuestras antiguas libertades! Este recuerdo se presenta á vuestros ojos en hora propicia sino la desperdiciáis, en hora funesta si de ella no sacáis provecho. Acordaos de que el jubileo se aproxima.»

Sonrióse el obispo de Orvieto é inclinó su frente en muestra de aprobación. El pueblo, los que pertenecian al estado llano y los ínfimos nobles, notaron esta alentadora seña, figurándoseles que el mismo Papa, en la persona de su vicario, miraba con favorables ojos la osadía de Rienzi.

—El jubileo se aproxima, continuó: sobre esta ciudad se dirigen los ojos del mundo cristiano. ¿Cuántos hombres vendrán aquí en busca de la paz desde todos los ángulos del globo y solo encontrarán discordia? ¿Serán acaso víctimas de los crímenes de los hombres en vez de recibir la absolución del cielo? ¿Tendrán que llorar sobre vuestra flaqueza y que apartar horrorizados su rostro de vuestros crímenes en el centro de los dominios de la iglesia y sobre el sepulcro de los santos mártires? ¿Habrán de ver holladas todas las leyes junto al sacro manantial de la ley evangélica? Vosotros que fuisteis objeto de su admiración, ¿consentireis ahora en ser blanco de su desprecio? Vosotros que fuisteis modelo y gloria de las naciones, habréis de ser una leccion viva donde aprendan lo que viene á ser un pueblo que se abandona á sí mismo? Levantaos, todavía es tiempo: limpiad vuestros caminos de los bandoleros que los infestan; vuestros muros de los mercenarios que los inundan; desterrad la discordia, intestinas ó mas bien los hombres que sostienen esas querellas, qualquiera que sea su categoría: arrancad la balanza de manos del fraude, la espada de manos de la violencia: devolved la espada y la balanza á la justicia, pues son sus antiguos atributos. Esta es vuestra noble tarea, estos los grandes fines á que debéis encaminaros. Considerad como traidor á la patria á todo el que se oponga á su cumplimiento: seguid una victoria superior á las de los Césares, una victoria sobre vosotros mismos. Contemplan los peregrinos del mundo la resurreccion del mundo: no formen sino una sola época el jubileo de la religion y la restauracion de las leyes. Ofreced al pie del altar, que se alza en este recinto, el sacrificio de vuestras pasiones; los primeros frutos de vuestras recuperadas libertades; desde el principio de los siglos, nunca ¡ah! nunca se habrá rendido al Criador ofrenda que le sea mas grata.

Fue tan intensa y tan profunda la sensacion que estas palabras produjeron en los ánimos, casi vencidos por sorpresa, que ya habia descendido Rienzi del tablado y ocultádose tras el cortinaje; y aun no se apercibió el auditorio de que habia terminado su discurso.

(Continuará.)

EL CUERPO DE GUARDIA.

ESCENAS COMICO-SOLDADESCAS.

Valdés. El hacia por supuesto los dos papeles. (Figurando alternativamente voz de hombre y de mujer)—«Querida ¡eres tan hermosa!»—«De veras? te gusto tanto?»—«Si que me gustas mucho: estoy perdido por tí!»—«Y yo enamorada hasta mas no poder. ¡Eres tan mono!»—«Si? pues déjame darte un beso.

Teniente. Hola! con que besos...?

Sargento. Todo lo sabe!! (Se dirige á ellos)

Valdés. Estaba el paso muy gracioso....

Sargento. No lo crea V., mi teniente.

Valdés. Cómo que no!...—Viene V. á perderse!

Teniente. Con que se ha vuelto V. cómico?
 Sargento. Yo!!...
 Valdés. Diga V. que si por la Virgen.
 Sargento. Me estás comprometiendo!
 Valdés. Todo lo contrario: le digo que estaba V. representando. (En voz baja, por supuesto.)
 Teniente. Vaya, vaya! en eso podíamos dar ahora!
 Valdés. No hay que turbarse, mi sargento.
 Teniente. Con que es V. aficionado?
 Sargento. Si señor.
 Valdés. Lo hace ya mejor que Montes.
 Teniente. Ja!... ja!... ja!... con que también torero?... es un estuche el tal sargento!
 Sargento. Yo torero!
 Valdés. He dicho yo eso por ventura?
 Teniente. Seguramente.
 Valdés. Pues yo creo que no.
 Sargento. No ves que Montes....?
 Valdés. Es torero?
 Sargento. Por supuesto.
 Valdés. Eso es otra cosa.
 Teniente. Si lo hubieras comparado con Romea, Latorre, Guzman, etc.....
 Valdés. Bien me acorde de todos esos; pero ca!... no valen un comino adonde está mi sargento!... Si V. lo hubiese visto hace un rato!... lo hacia tan á lo vivo!... con decirle á V. que me están doliendo aun las tripas de tanto reír!...
 Teniente. Ya!...—Cuidado con no meter ruido.

(El teniente entra en su cuarto, y el sargento, frotándose alegremente las manos, corre al paraje donde está su querida, y abre con precipitación la puertecita
 Valdés se acuesta otra vez en la tarima.)

Sargento. Vamos.
 Elisa. (Saliendo.) Jesus!... Cómo me presento yo á nadie? miren Vds. qué vestido!... Se marchó ya el teniente?... Un poco de agua colonia!
 Sargento. Hija mia... (encoge los hombros.)
 Elisa. No hay nada en estos cuerpos de guardia!...
 Sargento. Habla mas bajo.
 Elisa. Me marchó, me marchó sin remedio.—No haberle yo visto!...
 Teniente. (Dentro.) Ordenanza!
 Sargento. Somos perdidos! Adentro, adentro otra vez!... no te detengas!
 Teniente. Ordenanza!
 Valdés. (Se levanta y dirige al cuarto.) Quería V. algo, mi teniente?
 Teniente. Y el ordenanza?
 Valdés. Durmieron.
 Teniente. Que vaya por mi capote.
 Valdés. Bien está. (Se dirige al fuego.)
 Sargento. Por Dios te lo pido, Elisa.
 Elisa. Aunque me mates, no entro.
 Valdés. Mientras haya por aquí un amigo, no hay que temer, mi sargento.
 Sargento. Cuánto te lo agradezco!...
 Valdés. Chico!... chico!... Cómo duerme!... Ordenanza!... Por el capote del teniente.
 Ordenanza. Voy.... voy al momento. (Se levanta.)

BALDOMERO MENENDEZ.

VARIEDADES.

Ya que muchas personas de la buena sociedad de Madrid manifiestan tanta predilección por el baile, nos apresuramos á anunciarles que se ha representado en el teatro de la ópera de Paris un nuevo baile mimico, titulado *Eucaris*, en que han rivalizado y sido muy aplaudidas las dos hermanas Dumilatre y Mlle. María. Mlle. Paulina Leroux ha desempeñado perfectamente el papel de Calipso. Como es sabido, su argumento es del *Telémaco*.

La *Gaceta Universal Alemana* en su número del 17 del pasado dice, que se han recibido noticias de Jerusalem, donde parece que han ocurrido desórdenes, que fueron reprimidos por las enérgicas medidas del bajá. Dicese que ha corrido la sangre; pero no se dan pormenores.

El príncipe Alberto ha hecho un regalo al emperador de Rusia, consistente en un magnífico caballo padre, de York-Shire, valuado en 600 guineas (8,000 duros) un soberbio toro de Durham estimado en 300 guineas y un hermoso carnero de la casta pura de Durham. Estos animales fueron embarcados para San Petersburgo á bordo del *Lord Coke*.

FALLECIMIENTO DE JOSE BONAPARTE.

Acaba de secarse otra rama del árbol de familia de Napoleon, el hermano mayor del emperador, el príncipe José Napoleon, conde de Surville, ha muerto en Florencia el 28 de julio último, á las nueve menos algunos minutos de la noche.

La vida del antiguo rey de Nápoles y de España es muy conocida; sin embargo, la recordaremos aquí toda entera; pero bosquejando solamente en pocas palabras sus principales acontecimientos.

José Bonaparte nació en 1768 en Corte en la isla de Córcega; siguió á su hermano en su primera campaña de Italia en 1796. Nombrado despues individuo del cuerpo legislativo, se hizo notable por su moderacion y su sensatez, y dió pruebas de una generosa firmeza, cuando tuvo que disculpar públicamente al general Bonaparte, que se hallaba en Egipto, de las acusaciones del Directorio.

En tiempo del Consulado fue individuo del consejo de Estado, y uno de los que firmaron el tratado de Lienville. Al advenimiento de Napoleon al imperio, le fue ofrecida la corona de Lombardia; pero la rehusó. Pocos dias despues de la batalla de Austerlitz, tomó el mando del ejército destinado á invadir el reino de Nápoles, penetró hasta Capua á la cabeza del cuerpo del centro, y el 15 de febrero hizo su entrada en Nápoles, y á poco fue reconocido por el emperador como soberano de aquel pais.

El gobierno de José como rey de Nápoles, aunque muy corto, estuvo lejos de ser estéril: en el espacio de menos de dos años acabó de arrojar á los ingleses del reino, reorganizó la administración, el ejército y la marina; y logró dar un grande impulso á todos los trabajos de utilidad pública.

Pero la voluntad del emperador llamaba al rey de Nápoles á destinos mas peligrosos aun. En 1808 tuvo que ir á ocupar el trono de España; no entraremos en la relacion de las circunstancias que contribuyeron á la caída de aquel trono, y que todavía no se han olvidado; lo que si diremos es que el rey José luchó con denuedo contra los elementos de disolucion de que estaba rodeado, y que no abandonó la España hasta que se vió reducido al último extremo.

Vuelto á Francia tomó el mando militar de París, y fiel á las órdenes del emperador, acompañó á Chartres á la regenta cuando la invasion de la capital; desde allí la condujo á Blois y reunió en derredor de ella todas las fuerzas disponibles.

La abdicacion de Fontainebleau no dejó al príncipe José Napoleon otro partido que tomar que el de retirarse á Suiza. Volvió á Francia en 1815, en el mismo dia en que el emperador llegó á París. Despues de la batalla de Waterloo, se embarcó para América, donde esperaba reunirse con el hermano á quien estaba escrito que no volveria mas á ver. En 1817, el estado de Jersey, por una ley especial, y en 1825 la legislatura de Nueva-York, lo autorizaron á petición suya para que pudiese poseer tierras sin ser ciudadano americano.

El conde de Surville no volvió á Europa hasta 1832. Despues del bill de reforma, se decidió á dejar los Estados Unidos, y fué á Inglaterra, donde residió muchos años. Habiendo alterado su salud una enfermedad cruel hasta el punto de necesitar un clima mas dulce, obtuvo de las Cortes extranjeras el permiso de fijarse en Florencia en medio de su familia, donde ahora ha muerto con el valor, y con la resignacion de un soldado y de un cristiano.

Sus hermanos Luis y Gerónimo lo han acompañado hasta los últimos momentos.

El alma del conde de Surville habia resistido á los hielos de la edad, y su corazón era todavía jóven. Su muerte ha sido un motivo de luto público para la ciudad que lo habia adoptado, y á la cual deja recuerdos profundos, y un sentimiento universal.

De la familia del emperador no queda ya mas que el príncipe Luis, antiguo rey de Holanda, y el príncipe Gerónimo, que fué rey de Westphalia. El príncipe Luis es ahora el jefe de la familia.

MAXIMAS DE NAPOLEON.

Yo juzgo del talento de un hombre por su modo de espresarse.

Observo que cada cien favoritos de los reyes, los noventa y cinco acaban por ser ahorcados.

Los gaceteros de Lóndres han dicho lo que han querido sobre el estado de mi salud y mi actual modo de vivir: tienen imaginacion poética, pero es menester que todo el mundo viva, hasta los pobres insectos.

Sigo la máxima de Epicteto:

Si se dice mal de ti con fundamento, corrígete: si no échate á reír. He aprendido á no sorprenderme de nada: asi continuo en mi posicion sin alterarme jamás por los ladridos de los gozques.

Mucho honor se me hace en escribir de mí en Europa; pero muy escasos de asuntos deben de estar los folletistas, cuando echan mano de mí para llenar sus páginas.

Gran ventaja lleva el tonto al hombre de talento: siempre está contento de sí mismo.

¿Quereis contar vuestros amigos? aguardad á la desgracia.

Se siguen mis leyes en Europa, se imitan mis instituciones, mis monumentos se concluyen: se remeda mi política, y hasta la etiqueta de mi palacio se conserva: mi gobierno no era, pues, tan absurdo ni tan malo como se ha querido decir.

Muchas faltas he cometido en mi vida; mas creo que la mayor fué entregar mi persona á los ingleses: tenia entonces otra opinion de su honradez.

La Francia es una mina inagotable: yo lo he experimentado despues de la guerra de Rusia, y en 1815.

Quince años he dormido bajo la guarnicion de mi espada.

Para que hubiese un pueblo verdaderamente libre, era menester que los gobernantes fuesen dioses, y ángeles los gobernados.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche: última representacion del drama nuevo, en cinco actos, titulado: *DON JUAN DE AUSTRIA*. Terminará el espectáculo con baile nacional.

DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: *GISELA O LAS WILIS*, baile en dos actos. Por indisposicion del señor Unanue no puede ejecutarse el acto de la ópera *EL PADILLA*, que se pondrá en escena tan luego como saa posible.

DE VARIEDADES.

A las cuatro y media de la tarde: el drama en seis cuadros, titulado: *EL TROVADOR*. Terminando con baile nacional.

A las ocho y media de la noche: el drama en tres actos, titulado: *CECILIA LA CIEGUECITA*. Baile nacional y sainete.